

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA



GLORIA EN LUGAR DE CENIZA

El sufrimiento puede sacar a
relucir la dulzura

DAR GRACIAS EN TODO

Es cuestión de perspectiva

EL GANADOR

Alguien cree en ti

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

Conéctate

Apartado 11

Monterrey, N.L.

México, 64000

conectate@conectate.org

(01-800) 714-4790 (número gratuito)

(52-81) 8134-2728

Conéctate

Casilla de correo 14.982

Correo 21

Santiago

Chile

conectatechile@mi-mail.cl

09-4697045

Conéctate

Apartado Aéreo 85178

Santafé de Bogotá, D.C.

Colombia

conectate@andinet.com

Conéctate

Casilla 2005

Lima 100

Perú

RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Activated Ministries

P.O. Box 462805

Escondido, CA 92046-2805

USA

activatedUSA@activated.org

(1-877) 862-3228 (número gratuito)

DIRECTOR

Gabriel Sarmiento

DISEÑO

Giselle LeFavre

PRODUCCIÓN

Francisco López

AÑO 3, NÚMERO 11

© 2002, Aurora Production AG.

Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



¡Ojalá pudieran conocer a tres personas que me causaron honda impresión este año! Adivinarían enseguida el tema del presente número de *Conéctate*.

La primera fue un ayudante de camarero que desde su silla de ruedas me despejó la mesa con tanta simpatía y encanto que no me sorprendió que a la salida el gerente me dijera que lo consideraba su empleado más valioso. «Son más las personas que vienen por él que por la comida», me confió.

La segunda fue un mendigo invidente. Su sonrisa y las efusivas bendiciones que prodiga me inducen a buscarlo cada vez que paso por donde suele estar. Jesús enseñó que es más bienaventurado dar que recibir. Mi amigo invidente infunde fe a las personas con quienes se relaciona.

La tercera fue una cajera de mediana edad que después de quién sabe cuántas horas de estar de pie sacó el ánimo para decirme: «¡Que tenga usted buen día!», con una sinceridad tal que transformó totalmente mi enfoque de aquella jornada. Aunque esa señora le dijo lo mismo al cliente que estaba antes que yo y al que me seguía, el que *naufregaba* aquel día era yo, y ella fue mi *salvavidas*.

¿Qué hace que personas semejantes a esas tres nos provoquen envidia, tal vez no de sus circunstancias, pero sí de su alegre temperamento? Como ángeles camuflados, esos insospechados paladines de la buena voluntad parecieran exclamar: «¡Únete a nuestro equipo!»

Queriendo descubrir el secreto de su buen talante, busqué un denominador común: cómo es que logran, además de superar su suerte adversa, arrastrar a otros consigo. Y creo que lo hallé: sienten tanta gratitud que no pierden tiempo deseando haber nacido bajo mejor estrella. Solo sabiéndose uno amado por Dios, con la consiguiente seguridad que eso inspira, puede uno tener una actitud tan victoriosa. Si en estos momentos ese sentimiento te es ajeno, ¡ojalá que para cuando termines de leer el presente número de *Conéctate* lo hayas hecho tuyo. ¡Únete a ese singular equipo!

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

¿QUÉ PENSARÁ DIOS?



UNANUEVA VISTA

Un grupo de turistas observaba cómo se ocultaba el sol desde la terraza de un hotel situado en la cumbre de una montaña. Uno de ellos se quedó hasta que desapareció el último rayo de luz, extasiado ante la belleza de lo que veía.

Más tarde, una señora del grupo le comentó:

—Parece haber disfrutado mucho del atardecer. ¿Es usted artista?

—No, soy plomero —contestó con un esbozo de sonrisa—; pero estuve ciego durante cinco años.

Anónimo

ORACIÓN PARA HOY

Amado Jesús:

Cuando me detengo a pensar en Ti y a agradecerte todo lo que haces por mí, no queda espacio en mi mente ni en mi boca para ninguna otra cosa. De Ti proviene todo lo que disfruto, desde el aire que respiro hasta la magnífica vida que me has concedido, y el cuerpo que me has dado para gozar de ella. ¡No tengo palabras para agradecerlo! •

Anónimo

Antes de cenar, un padre de familia bendijo la mesa como de costumbre. Después de echarle un vistazo al periódico, comenzó a lamentarse de la grave coyuntura económica y de que familias como la suya fueran las más afectadas. Lo que tenían para comer era buena prueba de lo difícil que se estaba volviendo llegar a fin de mes. Al poco rato estaban incluso quejándose de lo mal preparada que estaba la comida.

Su hijita preguntó:

—Papá, ¿Dios te oyó cuando diste las gracias por la comida?

—¡Por supuesto! —respondió él con confianza.

—¿Y oyó lo que dijiste luego de los garbanzos y el arroz?

—Sí, claro —esta vez no tan confiadamente.

—Entonces, papá, ¿pensará que estamos agradecidos o descontentos?

Aun cuando le agradecemos a Dios los bienes que nos concede, ¿no nos portamos a veces como ese señor? ¿No agradeceríamos más a Dios si aprendiéramos a darle gracias de corazón y en ningún momento le lleváramos a pensar que sentimos otra cosa que gratitud?

NUESTRO VOCABULARIO, LA ETIQUETA
QUE PONEMOS A LAS COSAS, NUESTRA
FORMA DE EXPRESARNOS,
INFLUYE MUCHO EN NUESTRA
MANERA DE PENSAR.

dar

GRACIAS

EN TODO

María David

Cuando mi hija era pequeña y deseábamos inculcarle buenas actitudes, un día la oí rezar:

—Querido Jesús, para la lluvia, y que mañana haga un día bonito.

Yo le dije:

—Mi vida, no creo que al Señor le importe que le pidamos que detenga la lluvia y que le hagamos saber nuestros gustos y deseos, con tal que tengamos presente que no siempre puede darnos lo que queremos. La lluvia también es necesaria. Si la necesidad que tenemos de que pare la lluvia fuera más importante que la que tienen la hierba, las flores, los árboles y las plantas de que siga lloviendo, no vería nada de malo en que oraras así. Estoy segura de que el Señor te respondería. Sin embargo, ten en cuenta que así como necesitamos días de sol, también nos hacen falta días de lluvia, y que los días lluviosos también pueden ser bonitos. Si sólo

llamamos bonitos o buenos a los días de sol, terminamos pensando que los lluviosos son feos o malos. Procuremos, pues, alabar siempre al Señor por el bello día que nos ha dado, sea soleado o lluvioso.

Parecía una enseñanza sencilla y pueril —agradecer tanto la lluvia como el sol—, pero me hizo tomar conciencia de que la forma en que hablamos de las cosas afecta nuestro estado de ánimo y nuestra perspectiva de la vida. Lamentablemente, muchos nos hemos formado el mal hábito de usar una terminología negativa para referirnos a ciertas situaciones. Si lo que nos proponemos es tener una actitud más positiva y pensar de manera más optimista, también debíamos renovar nuestro vocabulario de manera que nos expresemos más positivamente; porque es bastante difícil decir que un día es malo y al mismo tiempo pensar

positivamente de él. No sólo es preciso que cambiemos nuestro modo de pensar, sino también los calificativos que ponemos a las cosas.

El caso es que el vocabulario que empleamos, la etiqueta que ponemos a las cosas, nuestra forma de expresarnos, influye mucho en nuestra manera de pensar. Sería bastante difícil considerar inteligente y capaz a un tipo apodado *cabeza de chorlito*. Si queremos pensar de manera positiva, hablemos de manera positiva.

No es que esté mal pedir al Señor que cambie algo —las condiciones del tiempo, por ejemplo— cuando haya necesidad de ello. Si algo perjudica o estorba, sabemos que Él puede responder a la oración y vencer esas condiciones. Sin embargo, hasta que eso suceda —o aunque no suceda—, podemos conservar una actitud positiva, expresarnos con optimismo y agradecerle al Señor lo que nos ha dado.

Según nos exhortan las Escrituras, debemos contentarnos cualquiera que sea nuestra situación (Filipenses 4:11). Por un lado, se podría argumentar que al pedir al Señor que cambie algo, uno no está realmente contento con las circunstancias. Pero no podemos basar en ese versículo toda nuestra vida y filosofía. Hay que contrapejar un pasaje con otro. Si consideramos que ese verso nos manda contentarnos pase lo que pase, jamás nos vamos a animar a pelear la buena batalla de la fe (1 Timoteo 6:12) o a rezar para que alguien sane (Santiago 5:16). De hecho, nunca oraríamos por nada.

Cuando tengamos la impresión de que algo tiene que cambiar, en primer lugar debemos orar para que ese cambio se efectúe. Al

mismo tiempo debemos preguntar al Señor y plantearnos a nosotros mismos si quiere que acompañemos esa oración con alguna acción. Pero una vez que hayamos orado y hecho todo lo que esté a nuestro alcance, mientras esperamos que Él responda, debemos dar gracias en todo (1 Tesalonicenses 5:18). Si realmente creemos que el Señor es dueño de la situación, debemos contentarnos sea cual sea Su respuesta. Y aunque no se produzca el cambio que solicitamos, tenemos el deber de darle las gracias, con la confianza de que «bien lo ha hecho todo» (Marcos 7:37).

Así no nos apasione la lluvia, por ejemplo, podemos estar contentos, seguros de que cada día que Él nos da es «el día que hizo el Señor», por lo cual «nos gozaremos y nos alegraremos en él» (Salmo 118:24).

«Dad gracias en todo» (1 Tesalonicenses 5:18). Eso quiere decir que debemos dar gracias en toda situación. Si bien uno quizá no diga: «Gracias, Señor, por la tormenta», o: «Gracias por esta sequía», sí puede exclamar: «Gracias, Señor, por otro día de vida».

Si algo *malo* nos impulsa a orar y nos enseña fe, paciencia, amor y perseverancia, cabe arribar a la conclusión de que no es malo, porque su mal efecto queda opacado por el bueno. En la vida la mayor parte de las cosas tienen su pro y su contra. Pero siempre que lo positivo compense con creces lo negativo, podemos y debemos decir que lo ocurrido fue bueno. Y para quienes amamos a Dios y confiamos en Él, así es en cada caso, pues a la larga Él hace que en todo lo que nos sucede el bien eclipse al mal. «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28). •



El g

El otro día estuve observando a unos niños que jugaban al fútbol. Apenas tenían cinco o seis años, pero estaban jugando un partido en serio, con todas las de la ley. Eran dos equipos con entrenadores, uniformes y un grupo de padres que presenciaba el partido desde las graderías laterales. Como no conocía a nadie, disfruté del partido sin la distracción de preocuparme por el desenlace. Lo único que me habría gustado era que los padres y los entrenadores hubieran hecho lo mismo que yo. Los equipos estaban equilibrados. Por llamarlos de alguna manera, me referiré a ellos como Equipo Uno y Equipo Dos.

En el primer tiempo nadie marcó un gol. Era bastante gracioso. Los chiquillos se mostraban torpes y serios a la vez, como solo pueden ser los niños. Tropezaban con sus propios pies, se caían encima de la pelota y la pifiaban a cada rato. Pero nada de eso les importaba;

¡se lo estaban pasando en grande!

Para el segundo tiempo, el entrenador del Equipo Uno retiró a los que debían de ser sus mejores jugadores y puso a los de reserva. Solo dejó al mejor, que era el portero. El partido experimentó un giro dramático. Será que ganar es importante aunque se tengan cinco años, porque el entrenador del Equipo Dos dejó a sus mejores jugadores, y los suplentes del Equipo Uno no podían hacerles frente.

Los jugadores del Equipo Dos se concentraron en torno al chico de la portería contraria. Era bastante bueno para su edad, pero no podía con tres o cuatro que eran tan buenos como él. El Equipo Dos empezó a meter goles.

El solitario guardameta puso todo su empeño, tirándose sin parar hacia la pelota cada vez que ésta se acercaba al arco. Se lanzaba temerariamente en un intentando por detenerla. El Equipo Dos metió dos goles

consecutivos. El pequeño arquero estaba frenético. Fuera de sí, gritaba, corría y se arrojaba con todas sus fuerzas. En un esfuerzo supremo, consiguió por fin cubrir a uno de los chicos que se acercaba a la meta. Pero este pasó el balón a otro que estaba cerca y, cuando volvió a su posición, ya era tarde. Metieron el tercer gol.

No tardé en darme cuenta de quiénes eran los padres del portero. Parecían personas decentes y bien educadas. Se veía que el padre venía de la oficina, pues andaba de traje y corbata. Animaban a su hijo con voces. Yo estaba absorto contemplando al chico en la cancha y a sus padres a un lado del campo de juego. Después del tercer gol, el niño ya no era el mismo. Se daba cuenta de que no tenía caso; no lograría detener los goles. Siguió jugando, pero se percibía en él cierta desesperación. Se le notaba en el rostro que estaba convencido de que todos sus esfuerzos serían inútiles.

Reflexiones sobre un partido de fútbol

añador

El padre también cambió. Hasta ese momento había instado a su hijo a esforzarse más, le daba consejos a voces y lo animaba. Ahora se le veía ansioso. Le dijo que no se preocupara ni se diera por vencido. Sufría por el dolor que sabía que experimentaba su hijo.

Luego del cuarto gol, me imaginé lo que iba a pasar. No era la primera vez que lo presenciaba. El niño necesitaba ayuda, y no era posible dársela. Sacó la pelota del arco, se la entregó al árbitro y se puso a llorar. Gruesos lagrimones le rodaban por las mejillas. Luego cayó de rodillas.

Vi que el padre se acercaba a la cancha. La esposa lo asió de la muñeca y le suplicó:

—Jaime, no. Lo vas a avergonzar.

El padre se soltó y corrió hacia el campo de juego. Era inoportuno, pues el partido no había terminado. Iba con traje, corbata y zapatos finos. Se lanzó a la cancha y tomó en brazos al niño. En

ese momento todos comprendieron que era su hijo. Lo abrazó, lo besó y lloró con él. Nunca me había sentido tan orgulloso de nadie como de ese padre.

Luego lo sacó en brazos del terreno de juego. Cuando llegaron cerca de la línea de banda, alcancé a oír que le decía:

—Estoy orgulloso de ti. Has estado fabuloso. Quiero que todos sepan que eres hijo mío.

—Papá —contestó el niño entre sollozos—, no podía tapar los goles. Hacía lo que podía, pero igual me los metían.

—Miguelín, da igual cuántos goles te hayan metido. Eres mi hijo y estoy orgulloso de ti. Quiero que vuelvas a la cancha y te quedes hasta el final del partido. Ya sé que quieres darte por vencido, pero no puedes. Te van a seguir metiendo goles, pero no importa. Anda, ve.

Aquellas palabras fueron decisivas; no me cupo duda de ello. Cuando no tenemos

a nadie que nos ayude y no podemos evitar que nos metan un gol tras otro, es muy importante saber que nuestros seres queridos nos quieren de todos modos.

El chiquillo volvió corriendo al campo de juego. El Equipo Dos metió dos goles más, pero ya no era tan trágico.

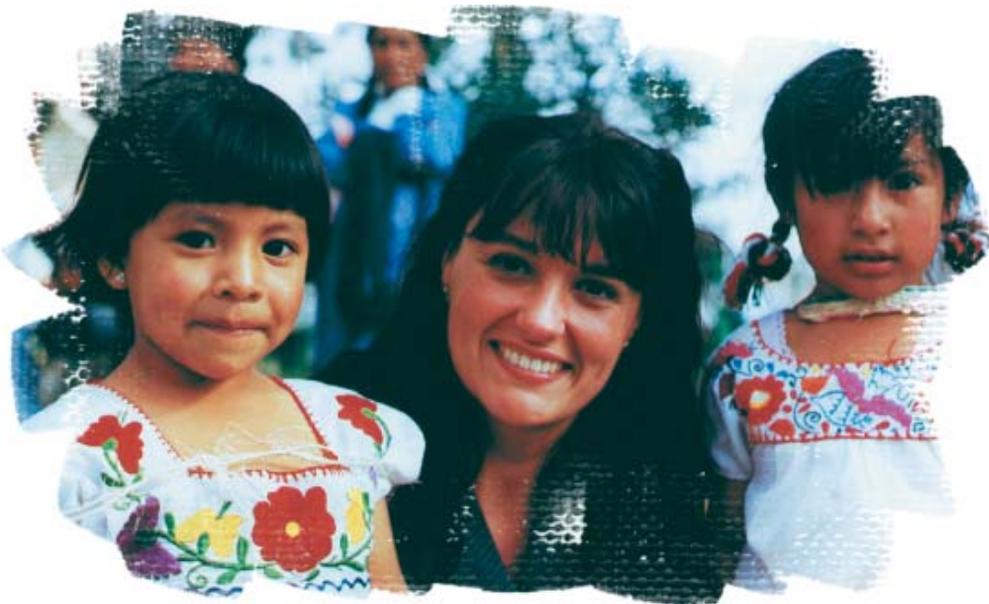
A mí me meten goles todos los días. Me esfuerzo mucho. De modo temerario me arrojo en todas direcciones. Me pongo frenético. Lucho con todas mis fuerzas. Lloro y me postro de rodillas sabiéndome indefenso. Así y todo, mi Padre celestial sale a mi encuentro en la cancha. Entonces, ante la muchedumbre de espectadores —todos los que se mofan y se ríen de mí—, me levanta, me abraza y me asegura: «¡Estoy orgulloso de ti! Estuviste fantástico. Quiero que todos sepan que eres hijo Mío. Y como soy Yo el que determina el resultado del partido, decreto que ¡eres el ganador!»

Anónimo

ACEPTÉ SUS DESIGNIOS

Gloria M. Cruz

INTENTÉ
PREPARARME
PARA LA
MUERTE DE
MI ESPOSO;
PERO CUANDO
POR FIN SE
PRODUJO,
FUE UNA
EXPERIENCIA
DEMOLEDORA.



El último año de vida de mi marido sometió mi fe a una prueba de fuego. Pedro sabía desde hacía varios años que tenía cáncer. Para entonces estaba desahuciado. Cada día que pasaba se hacía más difícil; no obstante, él seguía sacando fuerzas de la Palabra de Dios y confiando en Él. Aunque físicamente se iba debilitando, en espíritu estaba cada vez más fuerte. En todo momento se mostró a la altura de las circunstancias: peleó «la buena batalla de la fe» —como se la denomina en la Biblia (1 Timoteo 6:12)—, y Jesús lo recompensó con una paz que sobrepasaba todo entendi-

miento (Filipenses 4:7).

¡Ojalá pudiera afirma lo propio de mí misma! Yo creía que el Señor lo podía sanar si eso era lo que consideraba mejor. Oré y esperé un milagro. Pero con el paso del tiempo, al ver que Pedro no mejoraba nada, empecé a dudar que Dios quería que se curase. Me asaltó la incertidumbre: «¿No deseará tal vez el Señor llevárselo al Cielo?» Aquello me resultó muy difícil de aceptar. Me resistía a creer que eso era lo que Dios le tenía reservado. Al fin y al cabo, era un joven de apenas 25 años. Lo quería entrañablemente, y me daba miedo quedarme

sola. Llegué a creer que Dios me estaba pidiendo demasiado.

Una noche me puse a rezar vehementemente. Quise convencer a Dios. Le decía: «Mira, si te llevas a Pedro, yo me hundo. Abandonaré la lucha y dejaré de creer en Ti».

La respuesta me vino expresada en un versículo de la Biblia: «No temas, porque Yo estoy contigo; no desmayes, porque Yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de Mi justicia» (Isaías 41:10).

El Señor no contestó mi oración de la forma que yo espe-

raba, pero sí respondió a muchas oraciones que hicimos para que aliviara el sufrimiento de Pedro, con lo que nos demostró Su amor y Su poder hasta el fin mismo.

Intenté prepararme para la muerte de mi esposo; pero cuando por fin se produjo, fue una experiencia demoledora. Mi vida se convirtió en una lucha continua hasta que acudí a la Palabra de Dios en busca de las fuerzas y la gracia que necesitaba con tanto apremio. La lectura de la Biblia y de otras publicaciones inspirativas se volvió mi única fuente certera de consuelo. Cuando dejaba de leer, me volvía a embargar el pesar. En cambio, cuando me concentraba en la Palabra, sentía el amor y la presencia del Señor de forma muy vívida y hermosa. No lograba sobreponerme al dolor por voluntad propia o apelando a mis propias fuerzas. Fue exclusivamente obra de Jesús y nada de mí misma.

Algo que leí en uno de mis libros devocionales me llamó mucho la atención. Decía: «Si en vez de esforzarnos por confiar, nos acercamos más al Consolador y reposamos nuestra fatigada cabeza en la *almohadilla* de la gracia que Él nos dispensa —gracia que basta para todo—, la confianza viene sin esfuerzo alguno, y la prometida *perfecta paz* aquietta toda la agitación producida por las olas de pesar».

Esto se cumplió en mí apenas reconocí que todo lo bueno que me había sucedido en la vida había sido por obra del amor, la misericordia y la gracia de Dios. Él

se proponía valerse de la muerte de Pedro para recrearme, para transformarme en lo que tenía que ser, no necesariamente en lo que yo deseaba ser.

Finalmente cedí. Dios no había hecho otra cosa que recobrar un alma que desde un principio le pertenecía. La había llamado a retornar a su hogar celestial. No podía menos que sentirme agradecida por los años que nos había permitido estar juntos y por habérselo llevado de forma tan pacífica a su morada eterna, donde está con Jesús y donde no hay más dolor ni muerte. Dije, pues, al Señor que entregaba mi vida en Sus manos, que podía hacer conmigo lo que quisiera. Fuera cual fuera Su designio para mí, yo trataría de seguirlo.

La victoria de Pedro residió en su profunda confianza en Dios y en que fue consecuente con su fe hasta el fin de sus días. Aunque todo parecía contrario a lo que habíamos esperado y pedido en oración, él siguió fiel hasta el final. Mi victoria, por otra parte, se produjo primero cuando acepté el plan del Señor, y luego cuando acepté entre lágrimas Su amor y consuelo. Una vez que lo hice, llegué a estar más unida a Jesús que nunca.

En ambos casos, fue la fe la que nos permitió soportar el dolor y sobreponernos a él. «Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe» (1 Juan 5:4). •

Gloria M. Cruz es misionera de La Familia en México.

NADA ACONTECE PORQUE SÍ

Alice Reynolds Flower

Nada acontece porque sí a los hijos del Señor. Todo responde a un designio genial. Cada problema, revés, castigo o dolor es un golpe de cincel del Escultor celestial.

¿Enfermó alguien? ¿Terminó por fallecer?
¿La pena y la angustia dejaron tu alma doliente?
¿Exclamaste contrariado: «No entiendo por qué»?
Acéptalo: no fue un mero accidente.

Nada ocurre porque sí a los hijos del Señor. Con Su mano traza Él diestramente el programa. De acuerdo con Su Hijo dispone cada pormenor. Todo lo que sucede, Él con cariño lo trama.

Lo que acontece a los Suyos, sea lo que sea, toda prueba de la vida e ironía del destino, todo hecho grandioso, toda amarga odisea, no se deben al azar, siguen un plan divino.

GLORIA EN LUGAR DE CENIZA



Acostumbrábamos cantar esta cancioncilla acerca del Señor:

*Para el dolor, me da alegría.
El miedo ahuyenta con Su amor.*

*Con gloria cubre mi ceniza;
mi sombra, con luz de sol.*

Para que se manifieste la dulzura, tiene que haber algo de sufrimiento. Para producir la belleza de la llama, algo tiene que reducirse a cenizas.

Las bendiciones provienen del sufrimiento: «gloria en lugar de ceniza» (Isaías 61:3). En Hebreos 12, versículo 11, se expresa muy claramente este principio: «Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados».

Imaginemos una mano gigantesca que toma un panal y lo estruja para que brote la miel. O recuerde-

mos aquel episodio en que Moisés golpeó la roca: ésta sufrió un golpe, pero de ella fluyó el agua (Éxodo 17:1-7). Es preciso partir el corazón de piedra para que fluya el agua [del Espíritu de Dios] y refresque al pueblo. Otras analogías serían la de una bella flor que es macerada y aplastada, pero de ella emana la fragancia. O la de la música hermosa que brota de la garganta del pájaro: el ave casi da la sensación de estar sufriendo y, sin embargo, entona una canción. Aunque su canto sea triste, lo emite con ternura. Los gemidos no son quejas, sino cánticos de alabanza y agradecimiento a Dios. Melodías *agridulces*. Como dijo el poeta Percy Shelley: «Las canciones más tiernas son las que revelan los pensamientos más tristes».

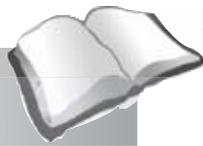
La alabanza es la voz de la fe.

De no haber estado en tinieblas, no apreciaríamos la luz. No valoraríamos la

salud si nunca nos enfermáramos. No podemos apreciar la alegría mientras no conozcamos la tristeza. No apreciaremos la misericordia de Dios hasta que hayamos conocido la justicia del Diablo.

(Oración:) Ayúdanos, Señor, a no ahogar esa bella canción, por triste que sea; a agradecerte a pesar de nuestras penas. Ayúdanos a estar dispuestos a sufrir lo que sea necesario para que de nosotros brote Tu dulzura, Tu fragancia, Tu belleza, Tu canción, Tus aguas refrescantes. De lo que parecen derrotas Tú sacas algunas de Tus mayores victorias.

«[Dios] nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Corintios 1:4). •



LECTURAS ENRIQUECEDORAS

¿Y TÚ?

Si no encuentras ese lugar de paz y reposo en la presencia de Dios, quizá se deba a que aún no has aceptado en tu corazón a Su Hijo Jesús. Él dice: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar» (Mateo 11:28). Puedes aceptar a Jesús ahora mismo rezando la siguiente plegaria:

Jesús, gracias por haber dado la vida por mí para que yo pueda alcanzar la vida eterna. Te ruego que me perdones todas las faltas de amor y consideración que he cometido. Entra en mi corazón, dame el don de la vida eterna y hazme conocer Tu amor y Tu paz. Gracias por escucharme, por responder a esta oración y porque a partir de ahora estarás siempre conmigo. Amén. •

Gratitud

Debemos estar agradecidos por todo lo que el Señor pone en nuestro camino o permite que nos suceda.

1 Tesalonicenses 5:18
Salmo 50:14
Salmo 100:4
Salmo 103:1-2
1 Corintios 15:57
2 Corintios 2:14
Efesios 5:20
Colosenses 3:17

La acción de gracias debe estar siempre presente en nuestras oraciones.

Filipenses 4:6
Colosenses 4:2
1 Tesalonicenses 1:2
1 Timoteo 2:1

Cuando alabamos al Señor en voz alta damos testimonio de Su bondad ante los demás.

Hebreos 13:15
2 Samuel 22:50
1 Crónicas 16:8
Salmo 66:8
Salmo 107:8
1 Pedro 2:9

Demos gracias al Señor con cantos.

Salmo 69:30
Salmo 95:2
Salmo 147:1,7
Efesios 5:19
Colosenses 3:16

Cultivemos el hábito de ser agradecidos.

Salmo 34:1
Salmo 35:28
Salmo 150:6

CON LOS PESARES NOS CRECEN ALAS

Virginia Brandt Berg

Cualesquiera que sean los obstáculos a los que nos enfrentamos en la vida, siempre hay una forma de sobreponernos a ellos. Dios da a Sus hijos alas cuando se ven superados por la situación. Con los pesares nos crecen alas.

En este viejo mundo existe una suerte de fuerza gravitacional siniestra que a diario conspira para mantenernos a ras del suelo. Pero también existe una fuerza capaz de elevarnos hasta al propio corazón de Dios. «Los que esperan al Señor tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán» (Isaías 40:31). Quienes aguardan en oración en presencia del Señor, meditando en Su Palabra, se elevan hasta la dimensión de la paz y el reposo.

Cuando estés agobiado por las tensiones que te asedian, levanta vuelo hacia Dios. Él te llevará a alcanzar la victoria, pues conoce la solución de todos tus problemas. Elévate hacia Dios en busca del reposo que Él te ha prometido. Remóntate en las alas de la oración y la fe y obtén el alivio que únicamente Él puede proporcionarte. Ese es el secreto de una vida victoriosa. •



P: ADEMÁS DE LEERLO EN LA BIBLIA, HE ESCUCHADO DECIR MUCHAS VECES: «DIOS ES AMOR», O: «DIOS TE AMA». SI ESO ES CIERTO, ¿POR QUÉ PERMITE QUE HAYA TANTO SUFRIMIENTO EN EL MUNDO? SI ES ONNIPOTENTE, ¿POR QUÉ NO PONE COTO A FLAGELOS COMO LAS ENFERMEDADES, LA POBREZA, LA GUERRA Y LAS CATÁSTROFES NATURALES?

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

R.: Casi todos nos hemos planteado esos **interrogantes** en algún momento. La respuesta se encuentra en dos verdades elementales. En primer lugar, la mayoría de nuestros sufrimientos no son producto de *causas naturales*. Dicho de otro modo, no es así como Dios quería que fueran las cosas; muchos padecimientos no son obra Suya, sino nuestra. En segundo término, Él nos ha dado libre albedrío, el cual desempeña un importante rol dentro de Sus designios para nosotros. No somos autómatas, sino que Dios nos creó con la capacidad de tomar decisiones propias y la necesidad de hacerlo. Nos ha puesto aquí para que optemos entre el bien y el mal, entre obrar con acierto o equivocadamente.

De modo que en última instancia, la mayoría de los sufrimientos de la humanidad son consecuencia de nuestras decisiones. A veces las personas hacen padecer a su prójimo adrede. En otros casos los disgustos y amarguras son más bien el resultado de actitudes egoístas o de indiferencia, es decir, de no llevar a cabo acciones que bien podrían evitar o aliviar esas cargas. En cualquiera caso, los culpables son los hombres. Dios no aprueba las decisiones que hacen daño o perjudican a los demás o a nosotros mismos; pero si Él tuviera que intervenir cada vez que tomamos una decisión errónea, se vería

obligado a suprimir el libre albedrío por completo.

¿Por qué algunas personas toman decisiones que son perniciosas para los demás? Porque se dan preferencia a sí mismas y optan por seguir su propia ruta en vez de los caminos del amor que el Señor nos ha trazado. Dios nos ha dado a cada uno una conciencia, un sentido innato del bien y el mal. En la Biblia también nos ha comunicado la solución para el sufrimiento y todos los demás males que nos infligimos a nosotros mismos. Tan sencilla es esta solución que puede resumirse en una sola palabra: amor. «El amor no hace mal al prójimo» (Romanos 13:10). Dios procura llevarnos por el camino del amor y del bien; sin embargo, no nos obliga a transitar por él.

Analicemos con mayor detenimiento esa pregunta. Empecemos por las guerras. La guerra es la manifestación más extrema del egoísmo, la codicia, la soberbia y el espíritu pugnaz del hombre. La Biblia lo expresa de la siguiente forma: «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4:1-2). Dios detesta las guerras. Pero una vez más, para poner fin a las mismas, tendría que terminar con el libre albedrío.

¿Y qué se puede decir del hambre y la pobreza? La desigual distribución de la riqueza y las

diferencias de niveles de vida que existen hoy en día en el mundo no son obra de Dios. Él ha provisto alimentos y otros recursos naturales en cantidades más que suficientes para que nadie tenga que pasar hambre ni verse privado de sus necesidades más elementales. El mundo es capaz de producir suficientes alimentos para abastecer a la creciente población del planeta. Si bien es verdad que ciertas hambrunas son causadas por sequías u otras catástrofes naturales, gran parte del hambre existente hoy en día en el mundo podría evitarse neutralizando la codicia e inhumanidad de los hombres. Las causas son las guerras, los embargos, la corrupción política y la opresión económica. Mientras niños inocentes mueren de inanición, algunos países que nadan en la opulencia destruyen millones de toneladas de alimentos para mantener artificialmente altos los precios.

También está la cuestión de las enfermedades. Si Dios es tan justo, ¿por qué las permite? Gran parte del sufrimiento que causan es también culpa de los hombres. Hacemos caso omiso de las normas de higiene que Dios nos ha dado y nos enfermamos por comer tanta comida chatarra y alimentos procesados que contienen ingredientes genéticamente alterados, a los que luego se les añade cantidad de agentes químicos para su preservación. También nos enfermamos por fumar, beber en exceso e ingerir drogas —tanto prescritas como ilícitas—, hábitos que producen cáncer y dolencias cardíacas, o que perjudican nuestro organismo de una u otra forma. El estrés y el ajetreo, subproductos de la forma de vida antinatural que llevamos en estos tiempos modernos, también contribuyen a causar

enfermedades psicosomáticas, tales como las migrañas, las úlceras estomacales y las afecciones cardiovasculares.

Es posible que el más desconcertante de todos los enigmas sea por qué permite Dios que muera tanta gente inocente en catástrofes naturales, como las inundaciones, los terremotos, los huracanes, etc., dado que sobre esos sucesos adversos el hombre no tiene prácticamente potestad alguna. La interpretación que demos a esos hechos depende mucho de si creemos en un Dios justo y amoroso y en la vida después de la vida. De no existir vida en el más allá, las catástrofes naturales harían de la justicia una farsa. Pero para quienes tienen fe en Dios y una confianza implícita en Su amor y misericordia, en Su justicia y equidad, y

a la vez creen en una vida mejor después de la terrena, existe una respuesta: Movidio por Su misericordia, Dios a veces considera oportuno terminar con el sufrimiento de algunas personas. Prefiere llevarse las de este mundo a uno mucho mejor, que Él tiene preparado para quienes lo aman; un mundo en el cual se corrigen todos los males y la gente es recompensada según sus obras, sean éstas buenas o malas.

Además, resulta muy alentador saber que las cosas no serán así para siempre. Llegará el día en que

Jesucristo regresará para poner fin al sufrimiento sin sentido que el hombre ocasiona a su prójimo. Entonces y no antes, bajo el soberano reinado de Cristo y los hijos de Dios, habrá paz y abundancia para todos. Cesará todo el dolor, el hambre, las privaciones, la pobreza y las guerras. •

Si el egoísmo y la falta de amor son la raíz de la mayoría de los padecimientos de los hombres, el amor desinteresado es la solución.

LOS DIEZ CUERNOS

EL PAPEL DE EUROPA EN EL TIEMPO DEL FIN

Joseph Candel

Lalo y yo habíamos conversado en muchas ocasiones sobre las profecías de la Biblia. De ahí que cuando un viejo amigo suyo llamado Daniel le planteó varias preguntas que él no supo responder, organizó un encuentro de los tres.

Resulta que, por curiosidad, Daniel —que es budista— había echado mano de una Biblia de los Gedeones en una habitación de hotel y al leerla se topó con un par de pasajes muy enigmáticos del último libro de la misma, el Apocalipsis.

Daniel comentó que, por los sucesos actuales, se daba cuenta de que estamos acercándonos al fin del mundo. Había oído hablar de la subida al poder del Anticristo y de un gobierno mundial. Le interesaba saber cómo encajaba eso con lo que había leído. Concretamente, quería saber qué simbolizaban las «siete

cabezas» y los «diez cuernos» mencionados en los capítulos 13 y 17 del Apocalipsis.

Leímos, pues, varios pasajes de esos capítulos y se los expliqué en los siguientes términos:

«Me paré [habla el apóstol Juan] sobre la arena del mar, y vi subir del mar —que representa a la humanidad— una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo» (Apocalipsis 13:1).

Si leemos el séptimo capítulo del libro de Daniel, escrito unos 700 años antes, nos encontramos nuevamente con esa gran bestia en sus diversas formas. La bestia representa sucesivos imperios de la Antigüedad.

En Apocalipsis, capítulo 17, versículos 9 y 10, se nos dice que las siete cabezas corresponden a siete reyes o reinos. «Cinco de ellos han caído —cuando Juan escribió esto en el 90 d. de C., el mundo había visto ya el apogeo y el ocaso de cinco grandes imperios de Oriente Medio: Egipto, Asiria, Babilonia, Persia y Grecia—; uno es —el Imperio Romano todavía estaba en el poder en el momento en que Juan escribió la profecía—, y el otro —el último imperio de grandes proporciones, el del Anticristo— aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo —los siete años durante los cuales, según otros pasajes, se impondrá el régimen del Anticristo—». En resumen, esas siete cabezas simbolizan seis imperios ya desaparecidos, más el imperio del Anticristo, que está surgiendo en la actualidad, pero que todavía no se ha establecido.

«Los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han

recibido reino; pero por una hora —un período muy breve— recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia» (Apocalipsis 17:12). Dado que esos diez reyes o potencias *aún no habían recibido reino* en la época de Juan, es decir, en tiempos de la sexta cabeza, el Imperio Romano, es evidente que los diez cuernos que los simbolizan se encuentran todos en la séptima y última cabeza, el Anticristo. «Éstos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia» (Apocalipsis 17:13).

Esas diez potencias que propician la subida al poder del Anticristo y colaboran con él se describen con más detalle en Daniel 2:34,41-43 y Daniel 7:7-8, 20-24. En Daniel 7:7, el reino de *diez cuernos* del Anticristo surge de la bestia romana. Ello parece sugerir que los diez reyes, naciones o potencias constitutivas del imperio anunciado para el Fin de los Tiempos y encabezado por el Anticristo surgirán de los vestigios del Imperio Romano, que dominaba gran parte de lo que hoy es Europa. De ser acertada esta interpretación, la Unión Europea (UE) podría desempeñar un papel preponderante en los Tiempos del Fin.

Europa se está uniendo por primera vez desde que estuvo bajo el poder de Roma. Es más, el italiano Romano Prodi —presidente de la Comisión Europea— declaró ante el Comité Económico y Social Europeo en 1999: «Por primera vez desde la caída del Imperio Romano hemos unido a Europa, no por la fuerza de las armas, sino sobre la base de ideales compartidos y reglas en común convenidas por todos»¹. Por primera vez desde el

Imperio Romano, gran parte de Europa ha adoptado una moneda común, el euro. Asimismo, dedica grandes esfuerzos a unirse política y militarmente.

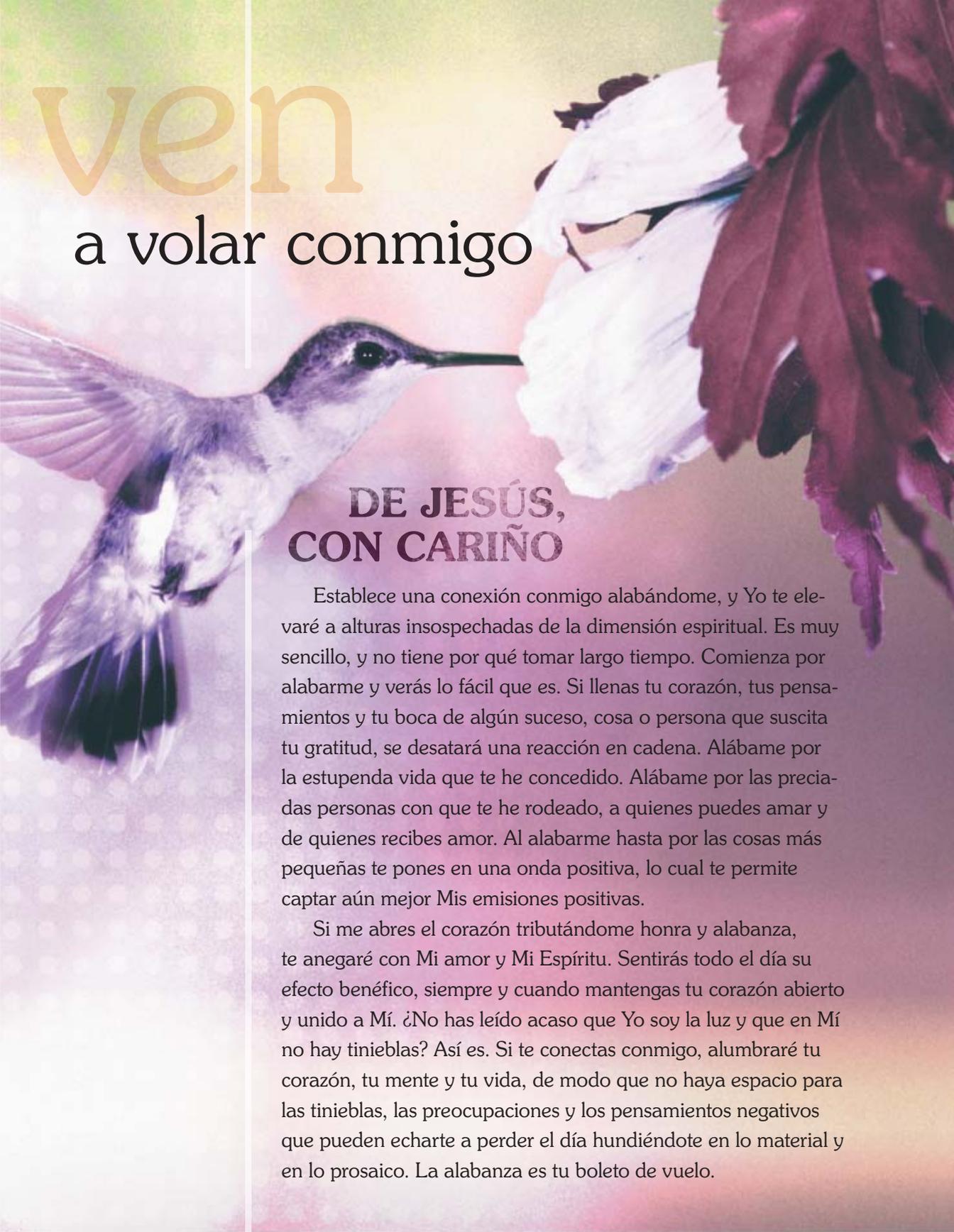
Al mismo tiempo que Europa se une, lo propio ha sucedido con el resto del mundo. Aún no se ha gestado una unión de corte político, sino más bien tecnológico. Las distancias prácticamente han desaparecido con los adelantos en materia de telecomunicaciones, el uso cada vez más extendido de Internet y la facilidad, rapidez y bajo costo de los viajes. Igualmente se han superado numerosos obstáculos financieros gracias a la integración de muchas economías. En consecuencia, lo que ocurre en cierto rincón del planeta tiene un gran efecto en otros sitios.

El Anticristo ejercerá dominio de gran parte del mundo. Sin embargo, parece lógico suponer que Europa se constituirá en su *bastión* y que los «diez cuernos» serán las naciones europeas que más colaborarán con él.

—Pero lo bueno —le expliqué a Daniel— es que, al final del régimen del Anticristo, Jesucristo volverá en las nubes del Cielo con poder y gran gloria para rescatar a todos los que sean salvos, poner fin al perverso imperio del Anticristo y establecer Su propio reino en la Tierra, un reino en el que habrá justicia, paz y abundancia para todos (Mateo 24:29-31; Apocalipsis 14:14-16; 19:6-9, 11-21; 20:1-4). Lo mejor que puedes hacer en preparación para estos acontecimientos que pronto ocurrirán es tomar partido por quien a la postre saldrá vencedor: ¡Jesús! •

¹ *The Sunday Times* [Londres], 13 de mayo de 2001.

EUROPA
SE ESTÁ
UNIENDO POR
PRIMERA VEZ
DESDE QUE
ESTUVO BAJO
EL PODER DE
ROMA.

A hummingbird with iridescent feathers is shown in flight, hovering near a large white flower with red leaves. The background is a soft, warm gradient of yellow and orange.

ven

a volar conmigo

DE JESÚS, CON CARIÑO

Establece una conexión conmigo alabándome, y Yo te elevaré a alturas insospechadas de la dimensión espiritual. Es muy sencillo, y no tiene por qué tomar largo tiempo. Comienza por alabarme y verás lo fácil que es. Si llenas tu corazón, tus pensamientos y tu boca de algún suceso, cosa o persona que suscita tu gratitud, se desatará una reacción en cadena. Alábame por la estupenda vida que te he concedido. Alábame por las preciadas personas con que te he rodeado, a quienes puedes amar y de quienes recibes amor. Al alabarme hasta por las cosas más pequeñas te pones en una onda positiva, lo cual te permite captar aún mejor Mis emisiones positivas.

Si me abres el corazón tributándome honra y alabanza, te anegaré con Mi amor y Mi Espíritu. Sentirás todo el día su efecto benéfico, siempre y cuando mantengas tu corazón abierto y unido a Mí. ¿No has leído acaso que Yo soy la luz y que en Mí no hay tinieblas? Así es. Si te conectas conmigo, alumbraré tu corazón, tu mente y tu vida, de modo que no haya espacio para las tinieblas, las preocupaciones y los pensamientos negativos que pueden echarte a perder el día hundiéndote en lo material y en lo prosaico. La alabanza es tu boleto de vuelo.